

CAPÍTULO IV

Religion y costumbres de los romanos.

FUENTES: Hartung, *La religion de los romanos segun las fuentes*; Erlangen, 1896.—Ambroseh, *Libros religiosos de los romanos* (Bonner, 1842, entregas 2.ª y 4.ª).—Pellegrim, *Distincion primitiva de patricios y plebeyos fundada en la religion*; Leipsik, 1842.

En la religion de los griegos predomina el arte, el elemento estético; en la de los romanos el elemento político y moral. Conforme a su origen etrusco, es esta última grave, casi sombría, y ejerce desde los más remotos tiempos inmensa influencia sobre la moral pública y privada. Lucrecia, mancillada en su casta virtud, se arranca una vida deshonorada. ¡Qué de magníficas pruebas no nos dan los primeros romanos de su amor por la verdad y la justicia (1), por la patria y la libertad! A estas virtudes debió Roma toda su grandeza. Pero con el espíritu republicano se desvaneció el espíritu religioso, íntimamente unido a la constitucion política y civil de la antigua Roma; y con la religion se perdió la gravedad moral de los romanos. Detras de las victorias y de las conquistas, con los despojos de los vencidos se introdujeron en la ciudad eterna los cultos extranjeros y sus inmorales prácticas. A medida que va creciendo el poder romano y aumentándose las riquezas, degenera el respeto a los dioses, el antiguo buen sentido romano se debilita y ofusca, las virtudes patrióticas se adulteran, y se pierden lastimosamente el desinterés y el espíritu de sacrificio. La corrupcion va rápidamente ganando terreno a medida que los romanos admiten la mitología, las artes y

(1) Agustín, *De Civitate Dei*, I, 19, 24; V, 18.

los pedagogos de la Grecia, tan numerosos despues del tiempo de Livio Andrónico (240 años de Jesucristo), lo mismo que la literatura, tan adulterada ya por los mismos griegos, y a la que los romanos profanaron más aún. Vienen despues los filósofos de la Península (155 años antes de Jesucristo). La diputacion de Carneades, Diógenes y Crisostolao es acogida con gran favor, y su doctrina muy aplaudida, y los estóicos y los epicúreos vienen a su vez a compartir con los académicos el imperio de las inteligencias. Despues de las guerras asiáticas, se añaden a todas estas causas de desorden, el lujo y todo su cortejo de vicios y desdichas.

Roma habia podido vencer heroicamente a Cartago y a Corinto (146 años antes de Jesucristo), pero ella misma fué vencida a su vez por su propia victoria, que es la señal de su decadencia. Así como era innato en los griegos el sentimiento de lo bello, en los romanos lo era el de lo justo; pero esforzándose en hacer prevalecer y dominar por todas partes el derecho y la justicia, habian llegado a querer establecer en todas partes su propia dominacion, y someter a ella el mundo entero. «Su único pensamiento, dice Staudenmaier, era fundar una monarquía universal: lo creian el más noble objeto de su vida. La república llegó a ser su dios, y la religion estaba toda consagrada a su servicio. Roma debía subyugar el



LUCHA DE GLADIADORES



Escudo, tip. de J. A. Muñoz

«mundo, no para propagar por él ideas puras, «morales y divinas, sino para establecer su «vana dominacion en todo él. Por esto, y únicamente bajo este punto de vista, observó con «todas las religiones posibles una tolerancia «que se ha ponderado y apreciado neciamente, «tolerancia que no se fundaba más que en la «indiferencia religiosa más absoluta.»

Cuando, dueña del mundo, se hubo saciado Roma de la sangre de las naciones, y estuvo infectada de sus vicios, empezó á devorar sus propias entrañas. En tiempo de los Gracos (133 años ántes de Jesucristo) y de los partidarios de Mario, de Scila y Cinna, se encendieron sangrientas guerras civiles; y el asesinato, el veneno y las más horribles crueldades caracterizaron á su historia hasta el gobierno absoluto de Octavio Augusto, que se hizo dueño del imperio (30 años ántes de Jesucristo hasta 14 despues de Jesucristo). Reinó por espacio de cuarenta y cuatro años, dice Juan de Muller, y con su blandura hizo olvidar la república, de la cual los mismos ancianos no hablaban más que para recordar sus desdichas, sus guerras civiles y sus proscripciones. El escepticismo, propagado por la filosofía griega, no sólo ahogó todos los gérmenes de religion entre las clases elevadas, sino que hasta llegó á engendrar en el pueblo un desprecio universal por los dioses. Se sabe ya que en la época de Ciceron no podian encontrarse dos augures sin echarse á reir, ¿cómo podian conservar en el pueblo una creencia de la que ni ellos mismos estaban convencidos? «Ni siquiera las viejas, »dice Ciceron, querian creer en las fábulas del «Tártaro y en los goces del Eliseo.»

Pero cuando el desórden religioso y la perversidad de los romanos llegaron á todo su apogeo, fué en tiempo de los emperadores. El pueblo, subyugado y embrutecido, divinizaba á sus mismos tiranos (1), sobre todo cuando éstos, halagando sus crueles pasiones, como

(1) Leon el Grande dice con mucha exactitud: «Quum Roma universis dominaretur gentibus, omnium «gentium serviebat erroribus.» (*Sermo I, de SS. App. Petro et Paulo*); Wach, «De Romanor. in tolerandis diversis religionibus disciplina publica.» (*Nov. commentar. Soc. Coet., t. III, 1773.*)

Claudio, le daban en espectáculo, no ya solamente los ordinarios combates de los gladiadores en los anfiteatros y los circos, sino el terrible aparato de un combate naval (1) dentro de la misma ciudad de Roma. La apoteosis de aquellos tiranos (2) profanaba y destruía completamente toda creencia en los antiguos dioses de la patria, y en todas partes se levantaban impúdicas estatuas á Priapo, á Pan y á Vénus. En el teatro se ponian en escena toda clase de torpezas, para exaltar los sentidos; los desórdenes no conocian límites, y cada dia se inventaban medios nuevos y contrarios á la naturaleza para saciar las pasiones más brutales. El patriotismo se iba perdiendo con todas las virtudes, y sólo reinaba el crimen. Tal era el mundo pagano cuando el grande Apóstol de las gentes trazó su horrible pintura (3), y Séneca nos dió de él aquel espantoso comentario (4).

Era imposible que la naturaleza humana continuase por mucho tiempo en tan horrorosa situacion. La incredulidad y la inmoralidad, su inseparable compañera, producian un malestar indefinible y angustias terribles en los corazones de todos. En donde no hay dioses, dice Novalis, reinan los espectros; siempre la supersticion reemplaza á la fe. Para sofocar los clamores de su agitada conciencia, se echaron los romanos á los piés de los dioses extranjeros; y á pesar de las repetidas prohibiciones de los emperadores, desde el Oriente se derramaron por toda Italia los más extravagantes cultos.

(1) Tácit., *Annal.*, XII, 56; Sueton., *Vita Claud.*, c. 21; Dio. Cass., LX, 33.

(2) Domiciano empezaba sus cartas con estas palabras: «Dominus et Deus noster hoc fieri jubet.» (Suetonio, *Vita Domit.*, c. 18.)

(3) Roman., I, 21-31.

(4) «Omnia sceleribus ac vitiis plena sunt; plus «committitur quam quod possit coërcitione sanari. «Certatur ingenti quodam nequitia certamine; major «quotidie peccandi cupiditas, minor verecundia est. «Expulso melioris æquiorisque respectu, quocumque «visum est libido se impingit. Nec furtiva jam scelera «sunt; præter oculos eunt; adeoque in publicum missa «nequitia est, et in omnium pectoribus evaluit, ut «innocentia non rara, sed nulla sit. Numquid enim «singuli aut pauci rupere legem? Undique, velut signo dato, ad fas nefasque miscendum coorti sunt.» (Séneca, *De Ira*, II, 8.)



Sacerdotes de todas las naciones, astrólogos, mágicos, adivinos é intérpretes de sueños, vinieron á explotar la superstición general; se llevaban amuletos y talismanes, se hacían in-finidad de sortilegios, y se consultaba á las entrañas de las víctimas; la suerte se mostraba, sin embargo, cada vez más sombría, y nunca hubo culto que fuese más misterioso y más carnal, más tenebroso y más sensual, que el que á la sazón dominaba en el imperio romano. Los mismos judíos, tan odiados por otra parte, lograban hacer muchos prosélitos. ¿Qué texto para las sátiras de Persio y de Juvenal, sin que los filósofos más graves pudiesen atenuar su influencia!

Los cínicos eran justamente despreciados, y había muy pocos peripatéticos; sólo los estóicos, representados principalmente por Séneca, Dion y Epicteto, gozaban de alguna estimación; su moral era más bien admirada que practicada, y esto, cuando el contraste entre su vida y su doctrina no prestaba asunto á la mofa y al escarnio (1). Séneca (3-65 años después de Jesucristo) mismo, el más notable de aquellos filósofos prácticos, y del cual se ha dicho muchas veces que no pudo dejar de escribir bajo la influencia cristiana, enseñaba preceptos que se hallaban en contradicción, si no con sus verdaderos sentimientos, al menos con su conducta en la corte de Neron, de la cual jamás supo separarse. Lo que además caracteriza el desorden moral y religioso de aquella época, es el extraordinario favor que obtuvo el pitagorismo fantástico, renovado por Anaxilao, y más tarde por el fanático Apolonio de Tiana (2) (3 años antes y 96 después de Jesucristo); y esto precisamente en los tiempos más civilizados de Roma, en la edad de oro de las artes y la literatura, en el principado del grande Oc-

(1) Séneca, ep. 29.

(2) Véase su vida por Filostrato el antiguo. (Philostr., Opp., gr., et lat., ed., G. Olearius, Lips., 1709, in f.) Pretende haberse servido de las *Memorias de Damis*, compañero de Apolonio. Según Filostrato, no se conocían hasta su tiempo, y él no habría hecho más que darles una forma agradable, y compararlas con los escritos de Máximo de Egea. Pero las *Memorias de Damis* están tan llenas de anacronismos, que el lector se ve obligado á rechazarlas por apócrifas.

tavio. De aquí nació en seguida, mezclándose con los elementos peripatéticos y otros, bajo la influencia de los platónicos, el *neoplatonismo*. Muy lejos de fomentar y desarrollar la necesidad, tan profundamente sentida por Platon, de un auxilio superior, Apolonio, convirtiéndose en juglar, engañaba y pervertía cada vez más las inteligencias, y enseñaba esta orgullosa y célebre plegaria: «Y Vos, ¡oh Dios mío! dadme lo que me es debido.» Mas esta tentativa para satisfacer las exigencias de los espíritus, no causó efecto ninguno sobre las masas y las almas más nobles; al contrario, se hizo más general y más profunda la desesperación en todos. Vemos de esto una patente imagen en el mito de *Psychia*, que data de esta época verdaderamente histórica (1). *Psychia*, caída, abandonada de Dios, anda errante, inquieta y desolada. Sin embargo, recobra el valor, y busca al Dios que había perdido, á través de mil obstáculos y peligros, en los templos, y hasta en el reino de la muerte. Por fin Dios se deja ablandar y mira con compasión este ardiente deseo y este amor heroico, y vuelve á *Psychia* y se une á ella en un nuevo y santo himeneo (*hieros gamos*). ¿No es esta historia la de la humanidad caída y regenerada? En medio de esta desolación universal, los espíritus se vuelven hácia los antiguos oráculos, conservados en el fondo misterioso de los santuarios, y que anuncian un nuevo y santo orden de cosas para la humanidad; un retorno á la edad primitiva de la inocencia y de la dicha. Los platónicos y los estóicos lo esperan con el principio del *grande año secular* (2); Virgilio anuncia el reinado de la Virgen, predicho por la sibila de Cumas (3);

(1) Apulei, *Metamorph.* IV, 83 *Fulgentius*, *Mythologor.* III, 6.

(2) Heyne, *Annot. in Virg.*, t. I, p. 96.

(3) Virgil. *Egloga* IV, 4-10.

*Ultima Cumaei venit jam carminis aetas,
Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo;
Jam redit et virgo, redeunt Saturnia regna;
Jam nova progenies coelo demittitur alto.
Tu modo nascenti puero, quo ferrea primum
Desinet, ac toto surget gens aurea mundo,
Casta fave Lucina, tuus jam regnot Apollo.*

Cf. August. *De Civitat. Dei*, X, 27, ep. 155. Euseb., *Vita Constant.* V, id est, *Constant. orat.* c. 19-20. Dante, *Purgator.* XXII, 70 sq. Véase Lasaulx, I, c. p. 63.



y estos rayos de esperanza empiezan á reanimar y fortificar los corazones, que Suetonio (1) y Tácito (2) nos pintan asíéndose, en su inquieto júbilo, á los oráculos abiertamente proclamados por los judíos que anuncian al mundo: *Que de la Judea saldria el Libertador deseado.*

OBSERVACION.—Advierte Staudenmaier, y el hecho es digno de atención, que la diabólica

(1) Per crebuerat Oriente toto vetus et constans opinio, esse in fatis ut eo tempore Judaea profecti rerum potirentur. Sueton., *Vita Vespas.*, c. 4.

(2) Pluribus persuasio inerat antiquis sacerdotum litteris contineri eo ipso tempore fore ut valesceret Oriens, profectique Judaea rerum potirentur. Tacit., *Histor.* V, 13, donde se encuentran además estas notables palabras: «Audita major humana vox: Excedere deos, simul ingens motus excedentium.»

ilusión que seducía á los primeros humanos: «Seréis como dioses (3),» subsistió en las religiones griegas y romanas, y se produjo sobre todo en la *apoteosis del hombre* y la opinión pagana de los celos de los dioses. La poesía nos presenta esta opinión en el mito de Prometeo, la filosofía en la doctrina del Pórtico, y la historia en la figura de Nemesis. La apoteosis empezó principalmente con Alejandro el Grande, se continuó bajo sus sucesores, y llegó á su más alto grado en tiempo de los emperadores romanos (4), que se hicieron adorar en vida.

(3) Gén. III, 5.

(4) Cf. J. D. Schæpfflini *Comment. de apotheosis consecratione imperator Romanor.* (ejusd. *Commentat. Hist. et. Crit.* Basil. 1741, in 4, p. 1. sq.)